

***CULTURAS BANANERAS: PRODUCCIÓN, CONSUMO
Y TRANSFORMACIONES SOCIOAMBIENTALES. JOHN SOLURI.
COLOMBIA: UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
Y SIGLO DEL HOMBRE EDITORES, 2013. 400 PÁGINAS***

Andrés León Araya

En términos generales, y con muy pocas excepciones, la historia de la industria bananera en Centroamérica ha sido escrita desde perspectivas económicas –la lógica del enclave y la tendencia a la extracción de excedentes por parte de las empresas transnacionales productivas y laborales–, donde se presentan las formas en las que el trabajo de un sinnúmero de hombres y mujeres fue movilizad y diferenciado racial y étnicamente para la creación y explotación de las plantaciones, o políticas, donde la relación entre empresas, Estados y movimiento de trabajadores se convierte en el eje central de la discusión. Mucha menos atención se le ha otorgado al impacto social y ambiental que tuvo la transformación masiva de bosques primarios en extensas plantaciones monocultivistas de banano, o a la forma en la cual esta fruta pasó de ser un cultivo a todas luces marginal, a un artefacto cultural de gran importancia tanto en el Istmo como en los Estados Unidos. En este sentido, el libro *Culturas bananeras*, basado en la tesis doctoral del historiador estadounidense John Soluri (publicada originalmente en inglés en el 2005), es una adición bienvenida a la literatura en español sobre el tema del enclave y la producción bananera en Centroamérica.

Basado en un marco analítico de historia ambiental, Soluri logra articular la perspectiva historiográfica más tradicional, centrada en los aspectos productivos, económicos y políticos, con la historia ambiental y su particular énfasis en los procesos biológicos y agroecológicos del cultivo y un particular cuidado por las formas culturales que acompañan el proceso. Como el mismo autor menciona, en el prefacio a la edición en español: “[l]a motivación intelectual de *Culturas bananeras* es indicar que el banano es a la vez un organismo biológico y un artefacto cultural, un híbrido coproducido por la agricultura moderna y los mercados de masa” (22).

Recurriendo a una extensa e impresionante gama de fuentes de información –desde testimonios de extrabajadores bananeros, pasando por novelas, hasta llegar a archivos fotográficos y municipales– Soluri va contando la historia de cómo alrededor de un cultivo específico se fueron tejiendo juntas las historias particulares de comunidades rurales hondureñas, supermercados y consumidores de clase media estadounidenses, científicos y biólogos contratados por las bananeras, políticos y empresarios

hondureños, patógenos y enfermedades que atacaban al “oro verde”, trabajadores migrantes y pequeños productores vinculados directamente con la industria. Así, como menciona Alexis de Grieff en la presentación del libro:

Tomando la Costa Norte de Honduras como pivote, Soluri dibuja el globo de la expansión capitalista. A pesar de la especificidad geográfica, se trata de espacios, actores, relaciones y juegos que nos son familiares a los países del “sur”. Por eso es una historia que parte de América Latina pero que se proyecta al resto del mundo al reconstruir algunos de los mecanismos de un modelo que se ha ido universalizando: la “modernización al estilo yanqui”, como él mismo lo llama (11).

El libro está dividido en ocho capítulos. El primero, titulado “El nacimiento transnacional de la cultura del banano”, explora tanto el surgimiento de la industria bananera en la costa norte hondureña entre finales del siglo XIX y principios del XX, como el desarrollo de una cultura de consumo en masa estadounidense. El capítulo muestra cómo el banano llegó de la mano del desarrollo del ferrocarril y cómo al inicio la producción estaba mayoritariamente en manos de un conjunto de pequeños y medianos productores hondureños, que vendían su producción a diferentes transportistas estadounidenses en los puertos. En lo que respecta al mercado estadounidense, presenta cómo el banano pasó de ser una fruta escasa y exótica a formar parte de la dieta cotidiana estadounidense, proceso que estaba vinculado al desarrollo en los medios de comunicación, que permitían transportar los cultivos tropicales de forma rápida a los mercados del Norte.

El segundo capítulo, “Invasores del espacio”, explora los impactos que tuvo, en términos ambientales, la transformación de amplias extensiones de bosque tropical primario en plantaciones bananeras. Junto con la penetración e integración vertical de la industria bananera alrededor del ferrocarril y el capital extranjero, muy de la mano de las pugnas políticas internas y la política de concesiones a las empresas bananeras por parte del Gobierno, además se presentó la invasión en la zona norte de cuadrillas de trabajadores llegados de otras partes del país, así como de otros países, que con sus machetes y trabajo fueron botando los bosques y para la década de 1920 convirtieron la densa y diversa selva en un monótono y despejado paisaje de infinitas filas de plantas de banano. Sin embargo, poco después estos invasores se vieron acompañados de otro más silencioso, pero no por eso menos importante: el patógeno conocido como el “mal de Panamá”, el cual obligó a las empresas a buscar distintas variedades de plantas resistentes a esta enfermedad.

Al mismo tiempo, en este capítulo, se estudia cómo la producción de bananos se iba masificando en los EE. UU. durante las décadas de 1920 y 1930, así como el papel tan importante que desempeñó la sensibilidad estética creada alrededor de lo que sería un banano saludable y sabroso, pues debió evitar que variedades resistentes al mal

de Panamá fueran introducidas al mercado. Esto obligó a las empresas a desarrollar un modelo de “agricultura pasajera”, en el cual grandes extensiones de plantación fueron abandonadas un lugar de que el patógeno atacara, para reubicarlas en otro lugar; extendiendo así la frontera agraria, pero con grandes impactos en términos ambientales y en un masivo proceso de acaparamiento de tierras por parte de las transnacionales bananeras.

El tercer capítulo, “Paisajes y pasajeros”, se centra en los impactos que esta masiva transformación del paisaje tuvo sobre las comunidades hondureñas que se fueron desarrollando en la costa norte, a la sombra de la industria bananera. Por ejemplo, muestra cómo los “poquiteros”, como los pequeños y medianos productores bananeros hondureños, quedaron atrapados poco a poco en las redes de las grandes empresas transnacionales, al tiempo que se volvían más dependientes del acceso a la infraestructura instalada por estas (sobre todo el ferrocarril). Así, la agricultura pasajera promovida por las empresas extranjeras llevó a un constante movimiento de las rutas del ferrocarril, lo que determinaba no solo la factibilidad comercial de los poquiteros, sino también el bienestar mismo de comunidades que de la noche a la mañana quedaron aisladas del resto del país. En este sentido, el capítulo es sumamente rico en ejemplos del tipo de disputas y conflictos iniciados por las comunidades para intentar impedir el traslado de la línea del tren.

El capítulo cuatro, “Sigatoka, tecnociencia y control”, se centra en la llegada a las plantaciones hondureñas de una nueva enfermedad que alteraría de forma significativa las relaciones socioambientales generadas alrededor de la industria bananera. Conocida como la Sigatoka, esta enfermedad no podía ser combatida de la misma manera que el Mal de Panamá, debido a su rápida expansión, lo cual obligó a las empresas a invertir en la investigación y desarrollo de agroquímicos para el control del patógeno. Estos agroquímicos –sobre todo el conocido como el caldo bordelés– eran sumamente caros, lo cual ayudaba a concentrar la producción en las grandes empresas, en detrimento de los poquiteros; su utilización era intensiva en mano de obra y con fuertes impactos para la salud de los trabajadores encargados (conocidos como “veneneros”), y su uso intensivo llevaba al declive de la fertilidad de los suelos.

El quinto capítulo, “Retorno a la prisión verde”, se enfoca en la experiencia de quienes trabajaban en las bananeras. Aquí Soluri intenta desmontar la idea de que estas personas eran sujetos pasivos bajo el control de empresas omnipresentes y poderosas. Apoyado en un conjunto de testimonios de extrabajadores y extrabajadoras de las plantaciones, el autor va retratando la experiencia de estas personas alrededor de cuatro temas: la migración hacia las plantaciones y el proceso para conseguir trabajo, el proceso productivo y la experiencia de trabajar en las plantaciones, las relaciones entre “campeños” (como eran conocidos los trabajadores de las plantaciones) y los capataces, y las relaciones sociales, más allá de lo estrictamente laboral, que estos hombres y mujeres creaban en los campos bananeros y la manera en que la organización

espacial era utilizada como una forma de control y segregación. El capítulo muestra las porosas fronteras que existían entre categorías tales como *campeño* y *campesino*, y la gran movilidad que había entre las diferentes plantaciones. Así, se evidencia cómo lejos de una “*prisión verde*”, lo que existía era un campo de poder, con la bananera como actor predominante, dentro del cual los hombres y mujeres echaban manos de diferentes estrategias para intentar mantener algún tipo de control sobre sus vidas.

El capítulo seis, “*La señorita chiquita*”, se centra en el papel cada vez más importante que va teniendo el mercadeo del ícono de la señorita chiquita en el desarrollo y promoción del consumo del banano en Estados Unidos, particularmente en términos de consolidar una marca y una imagen alrededor del cultivo. Soluri muestra cómo este giro viene acompañado o corre paralelamente a importantes transformaciones en lo que respecta a la producción bananera en Honduras. Debido al aumento de las protestas y luchas sociales en contra de las empresas bananeras, las cuales llegan a su cúspide con la gran huelga bananera de 1954, pues buscaban alternativas en las formas de producción. Además, por un lado, se promueve la producción por parte de terceros, pero manteniendo el control sobre la comercialización del producto, y, por el otro, se buscan tecnologías que tuvieran requerimientos más bajos en términos de mano de obra.

El séptimo capítulo, “*La química*”, explora el papel cada vez más importante de la investigación y la tecnología para el control de las plagas y el desarrollo de la industria a partir de los 1970. Al intentar controlar los patógenos y disminuir la cantidad de mano de obra necesaria y el subsecuente aumento de la conflictividad social, las empresas invierten grandes cantidades de dinero en el desarrollo de laboratorios y centros de investigación. El resultado es la utilización cada vez más generalizada de agroquímicos, los cuales han tenido altos impactos ambientales, así como fuertes repercusiones en la salud de los trabajadores. A su vez, Soluri plantea que la naturaleza no debe ser vista como un actor pasivo, ya que, así como nuevos químicos se desarrollan, los diferentes patógenos, insectos y enfermedades también evolucionan de forma cada vez más rápida, creando un nuevo campo de disputa.

Finalmente, el capítulo ocho, “*Culturas de banano en perspectiva comparativa*”, busca contrastar la historia del banano, en tanto mercancía global y artefacto cultural, con la de otros cultivos similares (café, azúcar, etc.). Por lo que el autor muestra cómo a finales del siglo XIX y principios del XX se da un vertiginoso aumento en el consumo masivo de este tipo de mercancías agrícolas en los Estados Unidos. Para que esto fuera posible, se tornó necesaria la estabilización del consumo, con el fin de generar un mercado rentable, basado especialmente en un proceso de estandarización de lo que debía ser entendido como un producto tropical ideal, en términos estéticos y de sabor. Ante esto, el desarrollo de marcas y figuras fetichizadas como señorita chiquita o Juan Valdez fueron fundamentales para presentarle a los consumidores estadounidenses una imagen idealizada de los productos que consumían. A su vez, Soluri muestra

cómo las plantaciones de bananos se encontraban simultáneamente conectadas con otras cadenas de mercancías globales, al mismo tiempo que eran parte de complejas tramas relacionales agroecológicas y sociales que limitaban y determinaban el poder y campo de acción de las empresas transnacionales bananeras.

Quizás el único punto débil del texto se relaciona con la forma en la cual el autor se acerca al tema de la cultura. La forma en que esta noción es entendida resulta bastante amplia y difusa, lo que le permite a Soluri articular los diferentes elementos con los cuales está trabajando. Sin embargo, debido a esta amplitud es poco lo que el concepto dice más allá de que al lado de los procesos socioambientales también se dan algunos de producción simbólica. Por ejemplo, cuando se acerca al tema del consumo del banano en los EE. UU. su enfoque descansa casi exclusivamente en el tema de mercadeo y publicidad. Además, le presta muy poca atención a la manera en la que el banano era entendido y apropiado tanto por el imaginario nacional hondureño (con la perpetua sombra de la etiqueta de “banana republic”), como por los pobladores de la costa norte de ese país.

En términos generales, este es un excelente libro y debería ser lectura obligatoria para cualquier persona interesada en historia ambiental y en las formas en las cuales la interacción entre procesos ecológicos y sociales define los marcos de acción tanto de empresas transnacionales, como de gobiernos periféricos y empobrecidos trabajadores de plantación. También muestra la utilidad de concentrarse en un solo cultivo para mostrar los procesos ecológicos, sociales, económicos y políticos que interactúan en diferentes escalas a través del tiempo.

Andrés León Araya. Costarricense, doctor en antropología por la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Actualmente trabajo como profesor en las escuelas de Ciencias Políticas y Antropología de la Universidad de Costa Rica, así como investigador en el Centro de Investigaciones y Estudios Políticos (CIEP) de la misma institución. Autor del libro *Desarrollo geográfico desigual en Costa Rica: el ajuste estructural visto desde la región Huetar Norte (1985-2005)* (2015).

Contacto: a.leonaraya@gmail.com

